

EL BAUTISMO DEL ESPIRITU SANTO

(El presente artículo forma parte de un documento de estudio titulado: "El movimiento carismático enfocado por la Teología Luterana", publicado por la Comisión de Teología y Relaciones Eclesiásticas de la Iglesia Luterana - Sínodo de Misurí.)

La doctrina distintiva y más enfatizada del movimiento neo-pentecostal o carismático es el bautismo del Espíritu Santo. Es pues fundamental entender lo que las Escrituras dicen al respecto.

1. — "El bautismo con el Espíritu Santo" es una expresión que ocurre, con sólo ligeras variantes, en seis pasajes del Nuevo Testamento. Aparece por primera vez en Mt. 3:11, donde Juan Bautista, hablando a las multitudes acerca de Jesús, dice: "Yo a la verdad os bautizo con agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí... , es más poderoso que yo, él os bautizará en Espíritu Santo y fuego", Vers. Valera Rey 1960. (Véanse también los pasajes paralelos: Mr. 1:8; Lc. 3:16; Jn. 1:33). La misma terminología la empleó Jesús, poco antes de su ascensión al cielo. En Hch. 1:5 se relata que en el día en que fue recibido arriba, Jesús dijo a sus discípulos: "Juan ciertamente bautizó con agua; mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días".

En Hch. 11:16 se describe la reacción de Simón Pedro cuando el Espíritu Santo "cayó" sobre Cornelio y los de su casa. El apóstol exclama: "Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: 'Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo'."

Estos son los únicos pasajes en que se emplea la terminología específica: "bautizar con el Espíritu Santo". Pero hay otros donde se expresa el mismo concepto con palabras diferentes, p. ej.: "fueron todos llenos del Espíritu Santo" (Hch. 2:4; 7:55; 9:17), o "el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso" (Hch. 10:44-46), o "el don del Espíritu Santo se derramó también sobre los gentiles" (Hch.

10:45), o "vino sobre ellos el Espíritu Santo" (Hch. 19:6). En cada uno de estos casos, el contexto indica que se trata de una experiencia similar al bautismo con el Espíritu Santo.

2. — Asimismo, las Escrituras se expresan con entera claridad respecto del significado que tuvo el bautismo del Espíritu en la iglesia apostólica. La primera que Jesús hizo a sus discípulos: "mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo" (Hch. 1:5) se cumplió cuando en el día de Pentecostés Dios derramó su Espíritu sobre 120 seguidores del Señor ascendido al cielo, capacitándolos así para ser sus testigos en Jerusalén, Judea, Samaria, y hasta lo último de la tierra. Una experiencia similar se produjo entre los samaritanos cuando Felipe predicó allí el evangelio (Hch. 8:14-15) y en el caso de Cornelio y su familia a quienes Pedro llevó la Buena Nueva (Hch. 10:44-48). Y lo mismo experimentaron los discípulos en Efeso cuando Pablo los bautizó en el nombre de Jesús (Hch. 19:1-6). En todas estas ocasiones, personas creyentes en Jesús fueron dotadas de dones espirituales sobrenaturales (Hch. 2:43; 3:6-7; 5:12; 6:8; 7:55; 8:13; 9:40, etc.). Es significativo que en el libro de los Hechos no se registra ningún caso en que el don del Espíritu se haya otorgado a individuos aislados de la comunidad cristiana.

3. — Se notará, además, que sin excepción alguna, el bautismo con el Espíritu ocurrió después de la conversión. Los apóstoles eran cristianos ya antes de Pentecostés. Los samaritanos habían abierto sus oídos al mensaje de Felipe antes de que Pedro fuera enviado a ellos y orara por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo (Hch. 8:6, 14,15). Lo mismo cabe decir de Cornelio, que era "piadoso y temeroso de Dios con toda su casa y oraba a Dios siempre" aun antes de que Pedro entrase en su casa y le predicase el evangelio con el resultado de que "el Espíritu cayó sobre todos los que oían el discurso" (Hch. 10:12,44,48).

4. — No hay en estos relatos indicio alguno de que Lucas haya intentado dar a la iglesia una fórmula de cómo recibir el bautismo del Espíritu. Ya en el día de Pentecostés, el apóstol Pedro había insistido ante sus oyentes, tocados en sus conciencias: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de

vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hch. 2:38,39). Esta promesa ha dado no sólo a los cristianos de la era apostólica sino igualmente a todas las generaciones venideras. Es digno de notar que no se dice una palabra de un tiempo intermedio entre el bautismo en el nombre de Jesús y la recepción del don del Espíritu; ni tampoco hay en esta tan importante promesa indicación alguna de que el creyente, una vez llegado a la fe, tenga que **empeñarse** luego en buscar el don del Espíritu antes de recibirlo.

Hay entre los teólogos luteranos un consenso general en que el propósito de Lucas al registrar lo acontecido en Hch. 8 y 10 es relatar cómo Dios demostró de una manera maravillosa, ante los ojos de Pedro y otros representantes de la congregación de Jerusalén, que también los gentiles han de ser recibidos en la iglesia, al igual que los judíos. De ahí la sugestión de algunos exégetas luteranos de que el lapso que medió entre conversión y bautismo con el Espíritu en el caso de los samaritanos y de Cornelio, fue interpuesto por Dios con el propósito de llevar a Pedro y otros al lugar de los hechos y hacerlos testigos oculares de cómo Dios derramó su Espíritu sobre los gentiles como lo había derramado sobre los judíos en Pentecostés (Hch. 11:13-18).

5. — Conforme al libro de los Hechos, los cristianos de la iglesia apostólica recibieron el bautismo del Espíritu Santo invariablemente como un don, jamás como una bendición obtenida a base de un esfuerzo humano. Mientras los carismáticos subrayan a veces que para recibir el Espíritu hay que buscarlo seriamente y orar por él, los pasajes explícitos de Hch. siempre hablan del derramamiento del Espíritu como resultado de una promesa del Padre (Hch. 1:4-5; 2:33; 2:38-39; 8:20; 10:45) que se hace efectiva en el creyente cuando éste llega a la fe.

Si se observa con atención la promesa que Jesús hizo a sus discípulos antes de Pentecostés, resulta evidente que a éstos no se les fijaron condiciones ni se les plantearon requerimientos antes de que pudieran recibir el bautismo del

Espíritu. No se menciona para nada la necesidad de orar por el don del Espíritu Santo, ni que los discípulos debían limpiarse de sus pecados, rendir su voluntad a Dios y hacer algún otro preparativo especial. Lucas dice sencillamente que Jesús mandó a sus discípulos "que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hch. 1:4,5).

En este pasaje no hay indicación alguna de que el bautismo lo recibieran únicamente los que reunieran ciertas condiciones. En cambio, Jesús se dirigió a todos sus discípulos y les dio la promesa general: "Vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo". Cuando el evangelista relata el cumplimiento de esta promesa en Pentecostés, constata expresamente que "todos fueron llenos del Espíritu Santo" (Hch. 2:4). Es significativo que en todos los pasajes donde el libro de los Hechos habla del descenso del Espíritu sobre un grupo de creyentes, siempre se afirma con palabras expresas o se deja entrever claramente que **todos** fueron llenos del Espíritu. Jamás se indica que a una o más personas les fuera negado el don pleno del Espíritu debido a una preparación insuficiente. Ni tampoco hay insinuación alguna de un "suministro parcial" del Espíritu, que implicaría que en primer término, el Espíritu Santo entra en el corazón y en la vida del creyente para traer conversión y santificación, y sólo más tarde llega en su plenitud y poder, es decir, cuando la persona justificada se halla bien preparada, habiendo buscado el bautismo del Espíritu mediante ferviente oración.

Lutero, en su comentario sobre la Epístola a los Gálatas, tiene una exposición muy conveniente acerca de esta cuestión. En Gá. 3:5 el apóstol Pablo pregunta: "Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?" Comentando este texto, Lutero escribe que el libro entero de los Hechos

habla exclusivamente de que el Espíritu Santo no es dado por medio de la ley (obras humanas) sino que es dado por el oír el evangelio. Pues cuando Pedro dio

su sermón, el Espíritu Santo cayó inmediatamente sobre todos los que escuchaban la palabra. En un solo día, 3.000 personas que habían oído el mensaje de Pedro, creyeron y recibieron el don del Espíritu Santo (Hch. 2:41). Así, Cornelio recibió el Espíritu Santo, pero no a base de las limosnas que dio; antes bien, cuando Pedro abrió su boca y mientras todavía estaba hablando, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso junto con Cornelio (Hch. 10:44)... Quiere decir que Cornelio y sus amigos que él había invitado a su casa, no hicieron cosa alguna, ni se respaldaron en ninguna obra precedente, y no obstante, todos cuantos estaban allí recibieron el Espíritu Santo.

Lutero entendía que el don del Espíritu Santo, prometido a la iglesia en Pentecostés, es dado a todos los creyentes por la sola gracia de Dios, y no a causa de esfuerzo u obra algunos por parte del que lo recibe.

Para estar seguros, las Escrituras nos instan muchas veces a orar por el don del Espíritu (Lc. 11:13; Hch. 4:31; 5:29-32). Pero estas exhortaciones no deben tomarse como una advertencia indirecta de que Dios rehusa su Espíritu a aquellos que no lo buscan seriamente. Dios da su Espíritu a todos los que creen. No obstante, es también voluntad de Dios que nosotros, sus hijos, oremos por su don, y con ello mostremos nuestro sincero deseo de ser templo suyo, y nuestra humilde confianza en todos sus dones. Es muy frecuente que los cristianos oren por dones que ya poseen.

6. — Muy importante es también que la iglesia de hoy día entienda qué quiere decir la Escritura cuando exhorta a los cristianos a ser llenos del Espíritu, y cuando habla de hombres llenos del Espíritu. Los pentecostales y muchos neopentecostales equiparan estos términos con la posesión de dones carismáticos. Afirman que cuando las Escrituras instan al creyente a ser lleno del Espíritu (Ef. 5:18), lo estimulan a que busque con oración el bautismo del Espíritu Santo que lo proveerá de dones espirituales tales como profetizar, curar enfermedades, hacer milagros, o hablar en lenguas (1 Co. 12:8-10).

Sin embargo, un estudio de pasajes pertinentes de las Escrituras demuestra con claridad que estas expresiones pueden tener varios significados. En Pentecostés, los discípulos, llenos del Espíritu Santo, comenzaron a hablar en otras lenguas, proclamando las maravillas de Dios (Hch. 2: 4,11). Los diáconos mencionados en Hech. 6:3 debían ser hombres llenos del Espíritu Santo y de sabiduría para poder obrar correcta y equitativamente al distribuir alimentos y ropas entre los necesitados. Esteban, lleno del Espíritu, disputó con los miembros del sinedrio judío y les tapó la boca (Hch. 6:10). Pablo fue lleno del Espíritu al ser bautizado, y así fue capacitado para ser misionero entre los gentiles (Hch. 9:15-18). En Ef. 5:18 el apóstol exhorta a todos los cristianos a ser llenos del Espíritu, con lo que obviamente quiere decir que deben emplear los dones recibidos por el Espíritu para vivir cristianamente, dado que todo este capítulo 5 de Ef. trata de la santificación.

Resulta pues que la expresión "lleno del Espíritu Santo" tal como se la usa en las Escrituras, muy a menudo no tiene relación visible con determinados dones carismáticos. Por ende se la emplea con frecuencia en conexión con términos tales como "sabiduría" o "fe" (Hch. 6:3). Hombres llenos del Espíritu son hijos de Dios a quienes el Espíritu ha conferido el don de la fe en Jesucristo como el Señor (1 Co. 12:3), así como también dones y talentos que los capacitan para servir a Cristo y a sus hermanos de fe en la iglesia.
